

The background consists of several overlapping, wavy, diagonal bands of different shades of green, ranging from a light mint green to a deep forest green. These bands create a sense of movement and depth. Centered on this background is a large, white, serif capital letter 'R'. The letter is clean and minimalist, with a slight shadow or transparency effect that allows the green bands to be visible through it.

R

Resiliencia en cuestión: aportes teóricos y límites de un concepto dominante en la gestión del riesgo

Por: Efraim Parra* · Hernando Uribe**

Resumen: el concepto de resiliencia se ha consolidado como un marco dominante en la gestión del riesgo y las políticas de desarrollo, promovido como capacidad universal de adaptación frente a crisis. Este artículo cuestiona esa centralidad al examinar los límites ontológicos que restringen su aplicabilidad en contextos socioculturales diversos. Se argumenta que la resiliencia se inscribe en una ontología moderna que separa naturaleza y cultura, privilegia una temporalidad lineal y traduce la vida a métricas de adaptación, invisibilizando dimensiones espirituales, históricas y relacionales. A modo ilustrativo, se presentan referencias a comunidades indígenas del Cauca quienes, a través de la noción de pervivencia, conciben la continuidad de la vida no como mera absorción de impactos, sino como sostenimiento de vínculos territoriales, espirituales y políticos. Más que reemplazar la resiliencia, el artículo subraya la necesidad de reconocerla como una categoría situada y limitada, abierta al diálogo con otros horizontes ontológicos.

Palabras clave: resiliencia; pervivencia; gestión riesgo; comunidades indígenas; Colombia.

Resilience in Question: Theoretical Contributions and Limits of a Dominant Concept in Risk Management

Abstract: resilience has become a dominant framework in risk management and development policies, promoted as a universal capacity for adaptation to crises. This article questions such centrality by examining the ontological limits that constrain its applicability across diverse sociocultural contexts. It argues that resilience is grounded in a modern ontology that separates nature and culture, privileges linear temporality, and translates life into metrics of adaptation, thereby obscuring spiritual, historical, and relational dimensions. As an illustration, Indigenous experiences in Cauca, Colombia, introduce the notion of pervivencia, which frames continuity not as the absorption of impacts but as the defense of territorial, spiritual, and political ties that sustain collective life. Rather

* Docente investigador de la Universidad Autónoma de Occidente, Cali (Colombia). Correo electrónico: ecparra@uao.edu.co. ORCID: <https://orcid.org/0009-0005-0883-8515>

** Docente investigador de la Universidad Autónoma de Occidente, Cali (Colombia). Correo electrónico: hcastro@uao.edu.co. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-3031-1497>

than proposing pervivencia as a replacement, the article highlights the need to recognize resilience as a situated and limited category, open to dialogue with other ontological horizons.

Keywords: Resilience; survival; risk management; indigenous communities; Colombia.

Cómo citar este artículo: Parra, Efraim y Uribe, Hernando (2025) Resiliencia en cuestión: aportes teóricos y límites de un concepto dominante en la gestión del riesgo. *Revista Controversia*, (225), pp. 1-35. <https://doi.org/10.54118/controver.vi224.1404>

Fecha de recepción: 15 de julio de 2025

Fecha de aceptación: 03 de octubre de 2025

Introducción

En las últimas décadas, el concepto de resiliencia se ha consolidado como un marco dominante en los estudios sobre riesgo, desarrollo y sostenibilidad. Presentada como la capacidad de absorber perturbaciones, adaptarse y continuar funcionando, la resiliencia se ha convertido en una categoría clave tanto en las ciencias sociales como en las políticas internacionales. Organismos multilaterales y marcos globales, como el *Hyogo Framework for Action* y el *Sendai Framework for Disaster Risk Reduction* (UNISDR, 2005; UNDRR, 2015), la promueven como una estrategia para enfrentar crisis de diversa índole, desde desastres naturales hasta conflictos armados y crisis económicas. Su atractivo radica en que ofrece un lenguaje aparentemente neutro y aplicable a múltiples escalas, que se vincula con agendas contemporáneas de seguridad y sostenibilidad (Holling, 1973; Folke, 2006).

Sin embargo, esta centralidad debe ser problematizada. La resiliencia no es un concepto neutro ni universal, sino una categoría que porta valores y supuestos específicos sobre el tiempo, la naturaleza y la vida social. Diversos estudios críticos han mostrado cómo su adopción en políticas públicas y discursos de desarrollo se relaciona con formas de gobernanza neoliberal, biopolítica y dispositivos de adaptación que refuerzan la responsabilidad individual frente al riesgo (Evans y Reid, 2013; Joseph,

2013; Walker y Cooper, 2011). Estas aproximaciones han sido fundamentales para develar el papel de la resiliencia en proyectos políticos contemporáneos, pero permanecen ancladas en marcos epistemológicos modernos y eurocéntricos.

El propósito de este artículo es ampliar esas críticas hacia una dimensión poco explorada: los límites ontológicos del concepto de resiliencia. Se argumenta que resiliencia no solo organiza prácticas de gestión del riesgo, sino que opera como un dispositivo que invisibiliza y subordina otras formas de existencia. En tanto se basa en supuestos modernos — como la linealidad temporal, la separación entre naturaleza y sociedad, y la centralidad del control técnico—, la resiliencia clasifica y jerarquiza a los sujetos: unos aparecen como “resilientes” y otros como “vulnerables” o deficitarios. En este sentido, reproduce relaciones de poder propias de la colonialidad (Grosfoguel, 2010; Quijano, 2000a, 2000b), limitando su capacidad para reconocer la pluralidad de ontologías presentes en contextos diversos.

Para ilustrar esta argumentación, el artículo hace referencia a experiencias indígenas en el Cauca colombiano, particularmente a la noción de pervivencia elaborada por comunidades Misak y Nasa. La pervivencia no se entiende como una capacidad adaptativa en términos funcionales, sino como la continuidad digna de la vida en armonía con seres humanos y no humanos. Desde estas cosmovisiones, el territorio no es un objeto que gestionar, es una trama viva de relaciones espirituales, sociales y naturales (Osorio, 2009; EIRD, 2008; Parra, 2023). La crisis no se concibe como un episodio externo a superar, sino como parte de ciclos vitales en los que intervienen memorias ancestrales, vínculos espirituales y prácticas colectivas de cuidado.

La referencia a la pervivencia no busca reemplazar la resiliencia ni proponer un nuevo paradigma, sino mostrar que existen horizontes alternativos que cuestionan la pretensión de universalidad de la resiliencia.

Este contraste evidencia que las críticas eurocéntricas al concepto, por valiosas que sean, resultan insuficientes si no se consideran sus límites ontológicos y su incapacidad de incorporar otras formas de ser y de relacionarse con la incertidumbre.

En este sentido, el artículo propone un doble aporte. Primero, contribuir a los estudios críticos de la resiliencia, ampliando su alcance analítico hacia una crítica ontológica, capaz de mostrar cómo el concepto participa en la reproducción de jerarquías coloniales de poder. Segundo, abrir el debate hacia la necesidad de reconocer múltiples formas de concebir la vida, el tiempo y la crisis, lo que exige tomar en serio los horizontes que emergen desde experiencias indígenas y otros contextos no occidentales.

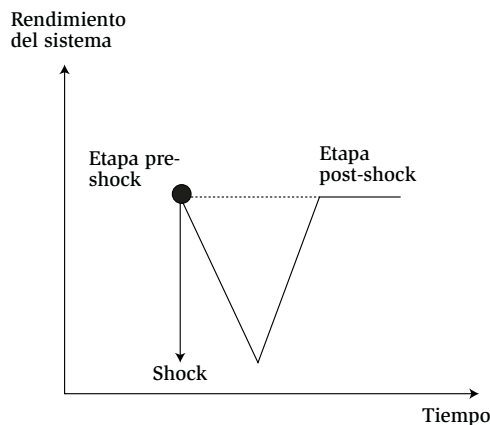
El texto se organiza en tres secciones. En la primera, se presenta una genealogía del concepto de resiliencia y las críticas que ha recibido desde marcos eurocéntricos. En la segunda, se analizan sus límites ontológicos, mostrando cómo sus supuestos modernos restringen su capacidad para dialogar con otras formas de vida. Finalmente, se introducen ejemplos de horizontes alternativos, como la pervivencia, para evidenciar la necesidad de pluralizar los marcos conceptuales de la gestión del riesgo.

La resiliencia: de atributo natural a capacidad socioecológica

La resiliencia se introdujo inicialmente en la ecología. Su raíz etimológica en latín, *resilire*, alude a la capacidad de rebotar o recuperarse (Simmie y Martin, 2010). A su vez, Holling (1973) definió la resiliencia como la habilidad de los sistemas para absorber perturbaciones y persistir, vinculándola con la idea de múltiples estados estables. En este caso, la resiliencia se concebía como un atributo, es decir, como una cualidad interna y medible de un ecosistema. Más adelante, en las ciencias sociales, sería reformulada como capacidad, entendida como una posibilidad que depende de recursos, relaciones y condiciones

históricas. Con ello, los desastres dejaron de concebirse como fuerzas externas y destructivas para ser entendidos como parte inherente de la dinámica de los ecosistemas (Oliver-Smith, 2009). El énfasis estaba en la posibilidad de los sistemas de retornar a un estado previo tras la crisis, lo que dio lugar a la noción de *bouncing back* (ver la figura 1).

Figura 1. Resiliencia como retorno al estado previo (*bouncing back*)

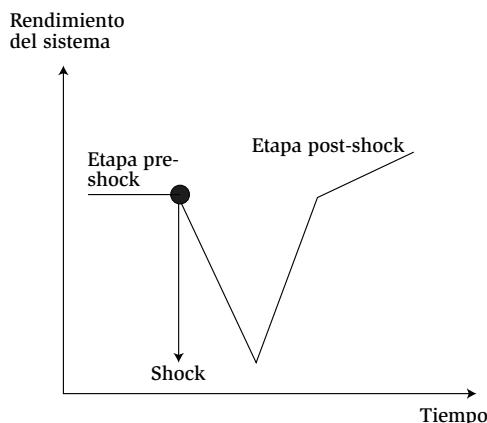


Fuente: elaboración propia.

Con el tiempo, este énfasis en la restauración fue complementado por una concepción más dinámica y transformativa, el *bouncing forward* (ver la figura 2), que puso el acento en la capacidad de reorganizar estructuras y prácticas a partir de los aprendizajes derivados de la crisis (Manyena *et al.*, 2011; Davoudi, 2012). Bajo esta mirada, las perturbaciones no debían ser resistidas, sino aprovechadas como oportunidades para construir sistemas más sostenibles o eficientes que los previos. Esta ampliación abrió el camino para que la resiliencia se trasladara a las ciencias sociales, donde comenzó a analizarse cómo instituciones, políticas o atributos culturales moldean la capacidad de adaptación en contextos de creciente incertidumbre. Por su lado, Adger (2000) planteó que las comunidades desarrollan capacidades adaptativas que les

permiten reorganizar sus estructuras sociales y económicas en contextos de crisis. En esta línea, adquiere relevancia el concepto de capital social, entendido como las redes de confianza, cooperación y apoyo mutuo que sostienen la resiliencia comunitaria y que resultan tan decisivas como los recursos materiales o tecnológicos. Además, Lang (2012) subrayó que dichas capacidades deben concebirse como procesos históricos en constante construcción, más que como atributos fijos o estáticos. Simmie y Martin (2010) denominaron a esta perspectiva “resiliencia evolutiva”, destacando que la interacción entre distintos componentes impulsa reorganizaciones no lineales a lo largo del tiempo. En este marco, se introdujeron nociones como los umbrales, los cuales designan puntos críticos, a partir de los cuales un sistema cambia de forma abrupta e irreversible; las dependencias del trayecto (*path dependencies*), que muestran cómo las decisiones pasadas condicionan las posibilidades futuras, y los procesos de transición no lineales, que explican por qué los cambios no se producen de manera gradual o acumulativa, sino a través de saltos y retroalimentaciones inesperadas.

Figura 2. Resiliencia como salto a la adaptación (*bouncing forward*)



Fuente: elaboración propia.

Este tránsito disciplinar recuerda lo planteado por Thomas Kuhn (1962) en *La estructura de las revoluciones científicas*, donde señala que los conceptos adquieren nuevos significados al insertarse en paradigmas distintos. En lugar de ser términos estables que mantienen un sentido fijo, las categorías científicas se resignifican según el campo teórico y las reglas de lo que Kuhn denomina una “ciencia normal”. Bajo esta mirada, la resiliencia no puede entenderse como un concepto unívoco que simplemente se expande desde la ingeniería hacia la ecología y luego hacia las ciencias sociales. Más bien, en cada una de estas disciplinas, el término se traduce y se redefine: en la ingeniería remite a la resistencia de los materiales; en la ecología, a la persistencia de los ecosistemas frente a perturbaciones, y en las ciencias sociales, a las capacidades adaptativas de instituciones y comunidades.

Sin embargo, como advierte Kuhn, estos procesos de traducción no son lineales ni acumulativos. Cada desplazamiento implica rupturas, apropiaciones selectivas y, en muchos casos, la imposición de metáforas de un campo sobre otro. El traslado de la resiliencia, desde las ciencias naturales hacia las ciencias sociales, por ejemplo, conlleva el riesgo de naturalizar fenómenos profundamente políticos al describirlos como procesos de “absorción de impactos” o “retorno al equilibrio”. Tal operación puede invisibilizar los conflictos sociales y las relaciones de poder que atraviesan a las comunidades, al tiempo que universaliza un lenguaje derivado de la ecología para explicar realidades heterogéneas. En este sentido, la genealogía de la resiliencia no solo muestra la riqueza de su circulación interdisciplinar, sino las tensiones epistemológicas y ontológicas que emergen al trasladar categorías entre dominios con supuestos y lógicas de conocimiento radicalmente distintos.

La traducción de la resiliencia entre disciplinas también estuvo acompañada de procesos de institucionalización. A comienzos de la década de 1990, el Instituto Beijer de Estocolmo promovió la creación de la *Resilience Alliance*, una red internacional de investigadores que buscó

dar coherencia a un campo disperso y dotarlo de un marco interdisciplinar. La Alianza se propuso articular enfoques ecológicos y sociales, bajo la premisa de que los sistemas humanos y naturales forman parte de un mismo entramado. En este contexto, cobraron relevancia conceptos como la capacidad de carga, que designa el número máximo de individuos o actividades que un ecosistema puede sostener sin perder funciones esenciales, y la eficiencia ecosistémica, esto es, la manera como los ecosistemas aprovechan y reciclan energía y nutrientes. Estas nociones reforzaron la idea de que la resiliencia no es ilimitada y se encuentra condicionada por límites biofísicos y por la forma en que se gestionan las relaciones entre sociedad y naturaleza. Con ello, la resiliencia dejó de ser una noción confinada a la ecología para convertirse en un término clave en el análisis socioecológico, enfatizando la interdependencia entre comunidades y ecosistemas.

La apropiación institucional no se limitó a los círculos académicos. Desde inicios del siglo XXI, organismos multilaterales y agencias internacionales comenzaron a incorporar la resiliencia en sus agendas de política pública. La Estrategia Internacional para la Reducción de Desastres (UNISDR, por sus siglas en inglés), y más tarde la Oficina de Naciones Unidas para la Reducción del Riesgo de Desastres (UNDRR, por sus siglas en inglés), hicieron del término un eje rector de la gobernanza global. Documentos como el *Hyogo Framework for Action* (2005) y el *Sendai Framework for Disaster Risk Reduction* (2015) consolidaron a la resiliencia como un principio normativo que debía orientar la acción estatal y comunitaria frente al riesgo. A la vez, agencias como el Banco Mundial y el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo lo adoptaron como lenguaje común para programas de adaptación al cambio climático, reducción de vulnerabilidad y construcción de paz en contextos de crisis.

Estos desarrollos muestran que la resiliencia circula entre disciplinas, territorios y agendas institucionales. En cada traslado, el término se

resignifica: lo que en un informe de Naciones Unidas aparece como “fortalecimiento de capacidades comunitarias” puede, en un documento del Banco Mundial, referirse a la estabilidad macroeconómica frente a choques externos. Este carácter polifónico ha sido una de las claves de su éxito, al permitir que actores diversos —desde científicos hasta burócratas, desde agencias globales hasta gobiernos locales— lo adopten sin necesidad de llegar a consensos estrictos sobre su definición.

Sin embargo, esta flexibilidad convierte a la resiliencia en una noción escurridiza. Como advierte Bourbeau (2018), se trata de un concepto plástico o gaseoso, cuya fuerza radica en su maleabilidad, pero que corre el riesgo de diluirse en un uso indiscriminado. En *On Resilience*, Bourbeau identifica tres modos principales en los que el concepto ha sido empleado: atributo, proceso y resultado. Como atributo, la resiliencia aparece como una cualidad inherente de individuos, comunidades o sistemas; como proceso, se entiende como una dinámica de cambio y reorganización permanente, y como resultado, se define a partir de la continuidad observable tras una crisis. Esta tipología no solo ordena un campo caracterizado por su heterogeneidad, sino que muestra el alcance de la expansión de la resiliencia hacia dominios como la migración, la seguridad internacional o la política de desarrollo.

La genealogía del concepto revela, por tanto, un recorrido complejo. Desde su origen en la ecología, la resiliencia pasó a las ciencias sociales y de allí a la política internacional, traducéndose en cada etapa de manera distinta y generando nuevos usos y expectativas. Al mismo tiempo, la historia del término deja ver tensiones profundas: el traslado de metáforas de lo natural a lo social, la apropiación institucional que convierte un concepto analítico en categoría normativa y la expansión global que lo transforma en principio rector de múltiples agendas.

Más allá de su potencial heurístico, estas transformaciones abren preguntas sobre las implicaciones epistemológicas y políticas de la resiliencia:

¿qué supuestos sobre la vida social se esconden detrás de la idea de absorber impactos o de mantener funciones esenciales? ¿Qué formas de existencia quedan invisibilizadas cuando se privilegia un lenguaje derivado de la ecología para describir fenómenos humanos? Y, sobre todo, ¿qué jerarquías se reproducen cuando se clasifica a ciertos sujetos o comunidades como “resilientes” y a otros como “vulnerables”? Estas preguntas han dado lugar a un creciente cuerpo de críticas que ponen en cuestión la pretendida neutralidad de la resiliencia y que se centran en su carácter normativo, su relación con proyectos de poder y sus límites epistemológicos.

La siguiente sección explora precisamente esas críticas, mostrando cómo distintos autores han problematizado la resiliencia al vincularla con procesos de neoliberalización, gubernamentalidad y biopolítica. A la vez, se plantea la necesidad de ampliar este campo de análisis hacia una dimensión poco explorada: los límites ontológicos del concepto, que emergen al contrastar la resiliencia con horizontes de vida distintos, como los que se encuentran en comunidades indígenas del Cauca.

El enfoque de resiliencia socioecológica

En 1972, Estocolmo fue sede de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Humano, considerada el primer intento formal de incorporar los asuntos ambientales en la agenda política global. Como resultado de esta conferencia se adoptó la Declaración de Estocolmo, la cual incluyó un plan de acción estructurado en tres ejes principales: i) el Programa de Evaluación Ambiental Global, ii) actividades de gestión ambiental y iii) medidas internacionales para apoyar las actividades de evaluación y gestión tanto a nivel nacional como internacional. En 1979, una nueva conferencia abordó directamente el cambio climático como un tema que debía ser incluido en todas las agendas políticas del mundo. En un inicio, los esfuerzos se centraron en los cambios ecológicos provocados por el cambio climático (Agrawala, 1998; Weart, 2003). Sin embargo, a comienzos del siglo XXI, el debate se desplazó hacia la

adaptación y la construcción de mecanismos de mitigación, en lugar de limitarse a la resistencia frente a sus efectos. Organizaciones como la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático y la Organización Meteorológica Mundial, entre otras, surgieron como respuesta a estas nuevas necesidades. En 2009, durante la tercera conferencia convocada por la Organización Meteorológica Mundial, se propuso desarrollar un enfoque más condensado frente al cambio climático, con el fin de garantizar las tendencias actuales de desarrollo. Este nuevo enfoque se centró en la construcción de estrategias de desarrollo sostenible capaces de adaptarse al cambio climático. En este contexto, la resiliencia adquirió relevancia como un marco teórico que abordaba de manera sistémica cuestiones vinculadas al desarrollo, el riesgo y el cambio climático, lo que dio origen al enfoque socioecológico.

A diferencia de los enfoques tradicionales, centrados en el “equilibrio de la naturaleza” y la capacidad de carga de los sistemas, el enfoque de sistemas socioecológicos en torno a la resiliencia se concentró en cómo la diversidad y la intercambiabilidad de recursos dentro de un sistema permiten mantener su funcionamiento a lo largo de múltiples estados estables (Miller y Davidson-Hunt, 2010; Walker y Salt, 2006). Este énfasis en las dinámicas de no-equilibrio marcó el inicio de una “nueva ecología”, donde las estrategias de gestión ecosistémica basadas en el comando-respuesta dieron paso a la imprevisibilidad y a la transformación como variables clave para el estudio de los procesos ecológicos dinámicos (Folke, 2006). Desde los primeros estudios, los investigadores se centraron en estudiar y promover prácticas de resiliencia frente a problemáticas que enfrentan las comunidades en contextos degradación ambiental causados por el cambio climático. En esta línea, Berkes (2007a) y Folke (2016) destacaron la importancia de involucrar a las comunidades y reconocer sus prácticas para la protección ambiental, abriendo paso a investigaciones centradas en la recuperación y el fortalecimiento del conocimiento tradicional e indígena.

El enfoque de Sistemas Socio-Ecológicos (SSE) busca integrar las perspectivas sociales y naturales para comprender las dinámicas del mundo, partiendo de la premisa de que la separación entre los seres humanos y la naturaleza es tanto arbitraria como artificial (Berkes y Folke, 1998; Colding y Barthel, 2019; Leichenko y O'Brien, 2008). Como lo ilustran Walker y Salt (2006) un sistema socioecológico no se trata de humanos insertos en sistemas ecológicos ni de ecosistemas insertos en sistemas humanos, sino más bien de una relación dialéctica entre ambos, mediada por interacciones entre escalas anidadas. Este cambio en el énfasis analítico se evidencia al contrastar con las definiciones tradicionales de resiliencia. Por ejemplo, al examinar la dinámica de recarga/extracción de aguas subterráneas, un enfoque SSE no solo se enfocaría en las propiedades geomorfológicas del acuífero, la disponibilidad de precipitaciones o el escurrimiento superficial, sino en los patrones de acceso al agua subterránea regulados por acuerdos institucionales formales e informales en la superficie (Kulkarni y Vijay Shankar, 2014). El foco, entonces, está en cómo los subsistemas sociales y naturales coevolucionan mediante relaciones de retroalimentación bidireccionales, en las que las capacidades de afrontamiento, adaptación y transformación resultan fundamentales (Berkes y Rose, 2013).

Esta perspectiva reconoce el papel del conocimiento ecológico local y de las instituciones informales como las “reglas no escritas del juego” en la configuración de la resiliencia social. En este sentido, centrar la atención en la interacción entre las relaciones sociales y los sistemas ecológicos permite comprender las prácticas de manejo de bienes comunes en diversos contextos geográficos, culturales y ecosistémicos (Folke, 2006, p. 262). Diversos estudios realizados en países como Colombia (Cardenas *et al.*, 2015), Etiopía (Bernier y Meinzen-Dick, 2014), entre otros, han demostrado cómo las relaciones positivas con instituciones formales y la cohesión de las comunidades locales facilitan la gestión sostenible de los recursos naturales y la implementación de estrategias resilientes.

Otra contribución clave del enfoque SSE ha sido el posicionamiento de los sistemas de conocimiento indígena como formas válidas para generar prácticas resilientes frente a los desafíos del cambio climático (Berkes, 2007b; Folke, 2016). Otros estudios han encontrado que la combinación entre el conocimiento ecológico tradicional y la ciencia puede ser de gran utilidad para la cogestión de los recursos con fines sostenibles. Por ejemplo, en un estudio sobre la extracción de productos forestales no maderables, Donovan y Puri (2004) muestran cómo el conocimiento tradicional de los grupos locales puede ayudar a la ciencia a desentrañar interacciones ecológicas complejas y desarrollar estrategias sostenibles de uso forestal. En una línea similar, Moller *et al.* (2004), en un estudio en Canadá y Nueva Zelanda, argumentan que, aunque los métodos tradicionales de monitoreo pueden ser imprecisos y cualitativos, constituyen valiosos complementos a los enfoques científicos, puesto que se basan en observaciones prolongadas en el tiempo, incorporan grandes tamaños de muestra, son de bajo costo, promueven la participación de los recolectores como investigadores y, en ocasiones, incluyen mecanismos sutiles y multivariados de verificación cruzada de cambios en los recursos y los ecosistemas.

Una de las tensiones más relevantes en el debate académico sobre resiliencia consiste en determinar si debe ser comprendida como un concepto analítico-descriptivo o como una noción normativa con implicaciones prescriptivas (Cote y Nightingale, 2012; Davoudi, 2012). Esta distinción refleja una divergencia epistemológica de fondo: mientras los enfoques basados en los sistemas socioecológicos tienden a aplicar la resiliencia como una propiedad observable del sistema, asociada a su capacidad de absorber perturbaciones y mantener funciones esenciales, en las ciencias sociales se ha problematizado su carga valorativa y su uso como herramienta para orientar políticas públicas. Desde una perspectiva normativa, la resiliencia suele situarse en un eje dicotómico con la vulnerabilidad, asociando la primera con lo deseable y la segunda con lo deficiente, lo que conduce a valoraciones implícitas sobre qué

formas de organización social, modos de vida o respuestas ante las crisis deben ser promovidas o corregidas.

Esta noción ha sido respaldada por varios autores, entre ellos numerosos académicos que sostienen que “la resiliencia se asocia con una connotación positiva” y es concebida “como un objetivo normativo” (Schmidt, 2015, p. 191). De forma similar, Grove (2014) sugiere que “la resiliencia constituye un avance progresivo en la investigación y las políticas sobre reducción del riesgo y la vulnerabilidad... busca empoderar a las personas para que sean agentes de su propia reducción de la vulnerabilidad” (p. 244). De este modo, la resiliencia suele asociarse con la “calidad” de un sistema analizado, entendiéndose como un proceso o resultado normativo derivado de la acción humana.

Desde esta visión normativa, la “resiliencia débil” no existiría como tal; en realidad, se trataría de “vulnerabilidad”. En esta línea, Walker y Salt (2006) argumentan que ignorar el cambio asociado a los procesos de resiliencia “es aumentar nuestra vulnerabilidad”, mientras que Gotham y Campanella (2011) sostienen que “solo podemos comprender los conceptos de resiliencia y vulnerabilidad en relación mutua, dado que ambos son propiedades de un sistema socio-ecológico” (p. 2). Estas posturas evidencian un vínculo claro con las nociones constructivistas de la resiliencia social, ya que únicamente a los sistemas humanos se les atribuyen cualidades “buenas” o “malas” según la posición del investigador o comentarista. Como han destacado tanto Adger (2006) como Miller *et al.* (2010), la noción de vulnerabilidad emerge de una conceptualización sociopolítica de la resiliencia. Este enfoque normativo implica, nuevamente, que los sistemas humanos nunca pueden ser completamente resilientes, ya que siempre contienen ciertos elementos o procesos que contribuyen a su vulnerabilidad.

Críticas al concepto de resiliencia

Las objeciones más contundentes al enfoque socioecológico no apuntan a negar su utilidad heurística, sino a mostrar sus efectos cuando se convierte en discursos normativos para leer y ordenar lo social. Una de las críticas más persistentes es que la metáfora sistémica, al transitar desde la ecología hacia lo social, tiende a naturalizar procesos profundamente políticos, puesto que cuando se describen conflictos, desigualdades o disputas territoriales, en términos de “absorción de perturbaciones” y “mantenimiento de funciones”, se diluye la historicidad de esos procesos y se invisibilizan los actores e intereses que los producen. El lenguaje de la resiliencia opera, entonces, como dispositivo que desplaza el foco desde las causas estructurales hacia las capacidades locales para soportar el impacto, enmarcando la respuesta en registros técnicos y conductuales en lugar de políticos. Esta operación guarda una afinidad con lo descrito por Ferguson (1990), al mostrar cómo problemas estructurales se transforman en “déficits técnicos” que refuerzan la desigualdad bajo la apariencia de neutralidad.

En la misma línea, diversos autores han mostrado cómo el discurso resiliente se articula con la gubernamentalidad neoliberal descrita por Foucault (2008). Al instalarse como ideal de política pública, la resiliencia desplaza la responsabilidad hacia individuos y comunidades, que deben reorganizarse y adaptarse en escenarios de precariedad permanente. La figura del sujeto resiliente neoliberal (Joseph, 2013; Chandler, 2014) cristaliza esta lógica: un individuo que internaliza la crisis como normalidad y asume como obligación moral su capacidad de soportar impactos, desligado de las estructuras históricas que producen la vulnerabilidad. Con ello, la resiliencia se convierte en una tecnología biopolítica que promueve la autorregulación y desactiva preguntas por redistribución, justicia o reparación.

Otro aspecto problemático en la literatura sobre resiliencia es la tendencia a representar a “la comunidad” como una unidad homogénea. En

muchos diagnósticos, la resiliencia comunitaria se define como la suma de capital social, liderazgo local y redes de cooperación; sin embargo, este enfoque desconoce que las comunidades están atravesadas por jerarquías de género, etnia, edad, clase o casta, las cuales organizan de forma desigual el acceso a los recursos, la voz pública y la toma de decisiones. Medir resiliencia solo por la densidad de redes o la fortaleza de la cooperación puede ocultar quién define las prioridades, quién se beneficia de los proyectos y quién asume los costos de la adaptación. La pregunta “¿resiliencia para quién y a costa de qué?” permite reorientar el análisis desde indicadores agregados hacia las relaciones de poder que estructuran la vida colectiva, evidenciando que no todas las trayectorias de adaptación son igualmente deseables ni equitativas.

En su traducción institucional, la resiliencia se ha convertido en un criterio de elegibilidad para acceder a recursos y proyectos. Gobiernos locales, comunidades y hasta países son evaluados según su “capacidad de respuesta”, lo que incentiva la adopción de repertorios de performatividad (planes, simulacros, protocolos) que demuestran preparación, aunque no alteren las condiciones estructurales que producen la vulnerabilidad. Esta lógica premia la apariencia de resiliencia más que la transformación de sus causas. De ahí que se financien dispositivos para “gestionar” la exposición al riesgo sin intervenir en las dinámicas extractivas, las desigualdades en el acceso a la tierra, los mercados de suelo urbano o los regímenes de propiedad que reproducen vulnerabilidad. La resiliencia deviene así en una etiqueta que legitima la continuidad de políticas de desarrollo que, lejos de reducir riesgos, los reproducen bajo nuevas formas de gestión técnica.

Asimismo, las limitaciones del concepto se hacen visibles en su noción de aprendizaje. En el enfoque socioecológico, aprender significa acumular lecciones que permitan responder mejor a futuras perturbaciones (Folke *et al.*, 2005; Berkes, 2007b), ya que cada crisis se concibe como una oportunidad pedagógica para la adaptación, donde la resiliencia

se fortalece a través de la experiencia (Pahl-Wostl, 2009). Sin embargo, en contextos atravesados por colonialidad, violencia y despojo, el aprendizaje no siempre se orienta hacia la adaptación, sino hacia la resistencia y la no repetición. Como señalan Brown (2012) y Cretney (2014), reducir el aprendizaje a una lógica de optimización funcional invisibiliza sus dimensiones éticas y políticas. En comunidades indígenas y campesinas del Cauca, por ejemplo, aprender de la violencia no implica reorganizarse para convivir con ella, sino sostener la memoria de los agravios y construir proyectos colectivos que impidan su reinstalación (CNMH, 2013). En estos contextos, el aprendizaje se mide menos por su eficiencia adaptativa que por su capacidad de afirmar compromisos morales, vínculos espirituales y responsabilidades territoriales (Nightingale, 2015; Escobar, 2016).

Estas críticas no buscan descartar por completo el valor analítico de la resiliencia, sino advertir sobre sus efectos cuando se impone como un lenguaje universal. Al trasladarse sin mediación hacia lo social, la resiliencia tiende a despolitizar los conflictos, desplazar responsabilidades, homogeneizar a las comunidades, premiar la continuidad de normalidades problemáticas y reconfigurar la distribución de recursos. En la siguiente sección, el artículo amplía este campo crítico hacia los límites ontológicos del concepto, mostrando por qué la resiliencia, al instalarse como gramática dominante, no logra reconocer horizontes de vida que se piensan y practican fuera de su marco, y por qué esa limitación tiene consecuencias políticas.

Los límites ontológicos del concepto de resiliencia

Más allá de las críticas normativas y funcionales que ha recibido el concepto de resiliencia, resulta necesario indagar en sus fundamentos ontológicos, es decir, en las concepciones del mundo, del tiempo y de las relaciones entre humanos y no humanos que subyacen a su formulación. La resiliencia encarna una ontología moderna, heredera del pensamiento

eurocéntrico occidental, que separa naturaleza y cultura, sujeto y objeto, racionalidad y espiritualidad. Frente a ello, autores, como Blaser (2013), de la Cadena y Blaser (2018) y Escobar (2020), han mostrado que existen múltiples ontologías en disputa y que hablar de “cosmovisiones” o “formas de ver el mundo” puede ser insuficiente: más que visiones, se trata de realidades múltiples en las que los territorios y los no humanos participan, de manera activa, en la producción de vida.

La resiliencia se inscribe plenamente en esta lógica. Como propiedad sistémica, se define por la capacidad de absorber perturbaciones sin perder funciones esenciales, manteniéndose dentro de un umbral aceptable de funcionamiento. Así formulada, se presenta como una cualidad universal de cualquier sistema: ecosistemas, comunidades, economías, instituciones o ciudades. Esta generalización abstrae las particularidades históricas y culturales de los contextos donde se aplica y presupone que todos los sistemas —humanos y no humanos— pueden ser analizados bajo los mismos parámetros operativos. De este modo, se universaliza una noción de mundo estructurada bajo principios de equilibrio, retroalimentación, adaptabilidad y control, los cuales son profundamente modernos.

Estos supuestos ontológicos conducen a una visión particular del conocimiento y de la acción transformadora. Al concebir los sistemas, sean ecológicos, sociales o socioecológicos, como entidades delimitadas y observables desde fuera, se asigna al observador una posición de exterioridad que le otorga autoridad epistémica y operativa. Esta figura del experto, del científico o del planificador moderno, encarna la racionalidad técnica que pretende comprender, diagnosticar y corregir los desbalances del sistema con base en indicadores, métricas y modelos predictivos. Desde esta lógica, intervenir en el mundo requiere generar conocimiento experto, acumulativo y objetivo, que permita tomar decisiones informadas para gestionar la complejidad y minimizar el riesgo.

Sin embargo, esta concepción entra en conflicto profundo con formas relacionales de conocer y habitar el mundo, donde no existe tal exterioridad entre el sujeto que conoce y el objeto conocido. En múltiples cosmologías indígenas, como las de los pueblos Nasa, Misak o Wayuu, el conocimiento no se produce desde fuera del territorio, sino desde una experiencia encarnada, situada, ritualizada y transmitida intergeneracionalmente (Rappaport, 1998). En estas visiones, no hay una naturaleza externa que se analiza, sino un entorno vivo que habla, recuerda, enseña y se comunica a través de sueños, ciclos y afectos. La relación con la tierra no es instrumental, es constitutiva: el territorio no es algo que se posee o se gestiona, sino algo que se cuida y que cuida a quienes lo habitan.

En este contexto, la resiliencia, al traducir esa relación con el entorno a términos funcionales, como capacidad adaptativa, umbrales ecológicos o servicios ecosistémicos, genera un vaciamiento ontológico: lo vivo se convierte en sistema; lo relacional, en variable, y lo sagrado, en objeto de intervención. Este vaciamiento reconfigura categorías y legitima la intervención técnica sobre territorios vivos, habilitando su gestión bajo parámetros externos y debilitando la autonomía de las comunidades. Como resultado, el concepto de pervivencia, como lo emplean comunidades Misak y Nasa, ofrece una alternativa situada a la noción de resiliencia. Mientras la resiliencia enfatiza la capacidad de absorber perturbaciones para mantener funciones esenciales, la pervivencia se orienta a la continuidad de la vida colectiva a partir de vínculos territoriales, espirituales y políticos que sostienen la existencia en condiciones adversas. No se trata de adaptarse a cualquier crisis, sino de preservar la integridad de las relaciones que hacen posible la vida.

En el trabajo de campo realizado en el Cauca, Parra (2021) observó que la pervivencia es entendida por líderes Misak como la defensa simultánea de la lengua, el territorio y la memoria, lo cual implica que “seguir vivos” no consiste en adaptarse pasivamente a cualquier condición, sino en sostener las relaciones que posibilitan la continuidad de la vida

colectiva. De manera complementaria, en procesos Nasa la promoción de la resiliencia en proyectos de desarrollo por parte de organizaciones internacionales no fue rechazada, sino reinterpretada desde sus propios marcos ontológicos. Un ejemplo ilustrativo es la persistencia en la siembra y cuidado del café común. Aunque la Federación Nacional de Cafeteros desaconseja esta variedad por su baja productividad, escasa adaptabilidad al cambio climático y limitada resistencia a plagas como la roya, muchos caficultores indígenas no la eliminan. La razón no es técnica ni económica, sino relacional: para ellos, el árbol de café es un ser sintiente que no debe ser talado únicamente por criterios de rentabilidad. Desde la lógica de la resiliencia, esta práctica aparece como una vulnerabilidad —un cultivo que reduce la capacidad adaptativa—, mientras que desde la perspectiva de la pervivencia se trata de sostener la vida a partir de vínculos territoriales y espirituales que no pueden reducirse al cálculo de eficiencia. En este contraste se evidencia que la resiliencia y la pervivencia no son categorías equivalentes: la primera clasifica la continuidad según parámetros funcionales, mientras que la segunda afirma la dignidad de la vida y las relaciones que la sostienen, incluso si ello desafía la lógica productivista de la modernidad.

Aquí, ser resiliente no significó reorganizarse para “absorber impactos” siguiendo un modelo sistémico, sino mantener abiertos los lazos con la Madre Tierra, con los ancestros y con los espíritus del territorio que garantizan la continuidad de la vida. Esta resignificación evidencia que la resiliencia puede adquirir sentidos distintos según el marco ontológico, lo que plantea un desafío para las políticas de gestión del riesgo: no basta con exportar categorías globales, es necesario atender a los modos locales de nombrar y sostener la vida.

En este sentido, la resiliencia se reinterpreta en diálogo con categorías propias como la pervivencia, lo que muestra que no es un concepto universal, sino susceptible de ser traducido y reconfigurado en clave relacional. Sin embargo, esta resignificación: es parcial y constituye una

operación de poder que reconfigura la forma en que se valora, se representa y se decide sobre los territorios. Lo que se pierde en esta traducción no es simplemente una forma alternativa de ver el mundo, es una posibilidad radical de pensarlo desde otros fundamentos, en los que conocer no es dominar, sino corresponder; intervenir no es corregir, sino acompañar, y habitar no es gestionar, sino vivir en reciprocidad.

Estas diferencias ontológicas se expresan en cómo se concibe el territorio y en la manera de entender el tiempo. Como señalan de la Cadena y Blaser (2018) y Escobar (2020), en muchas ontologías indígenas, incluidas las de los pueblos Misak y Nasa en el suroccidente colombiano, el tiempo es múltiple, cíclico y encarnado. Desde esta perspectiva, el pasado no constituye un archivo cerrado, es una fuente viva de orientación espiritual; el presente no es un simple punto de tránsito, es un espacio de acción ritual, y el futuro no puede planificarse desde una racionalidad instrumental, porque está tejido con vínculos que entrelazan humanos, ancestros y naturaleza.

En coherencia con estas visiones, las prácticas colectivas orientadas al cuidado del territorio, la transmisión de la memoria o la defensa de la vida se articulan en términos de actos de continuidad, de pervivencia en un mundo donde la acumulación y el control no desaparecen, pero se orientan de manera distinta. Como sugiere Viveiros de Castro (2015), el chamanismo puede entenderse como una forma de negociar y organizar agencias no humanas para incidir en el devenir. De manera similar, los pueblos indígenas acumulan semillas, saberes y memorias, aunque bajo lógicas distintas a las del capital. Lo que cambia no es la ausencia de acumulación o control, sino el modo en que se orientan: no hacia la maximización de eficiencia, sino hacia la continuidad de relaciones de reciprocidad y cuidado.

A esto se suma una comprensión funcionalista de la naturaleza. Aunque los enfoques socioecológicos han intentado superar la dicotomía clásica

entre sociedad y medio ambiente, lo hacen generalmente manteniendo una lógica instrumental en la que la naturaleza es vista como un sistema que presta servicios y soporta funciones (Berkes, 2007a; Folke, 2016). Incluso cuando se reconoce su complejidad, se tiende a conceptualizarla en términos de capacidad de carga, umbrales críticos o eficiencia ecosistémica.

Pero en muchas cosmovisiones indígenas, el territorio no es un sistema funcional ni un paisaje que gestionar, sino un sujeto relacional con el que se coexiste. En el Cauca, por ejemplo, los pueblos Nasa y Misak entienden su entorno como un entramado de seres vivos dotados de agencia, voluntad, memoria y afectividad. Ríos, montañas, árboles y animales no son recursos o componentes del sistema natural, son parientes, espíritus y guardianes que participan de manera activa en la reproducción de la vida. Desde esta perspectiva, el territorio no se posee ni se administra: se habita con respeto, se cuida desde el vínculo, se camina con sentido (Descola, 2014; Viveiros de Castro, 2015). La vida no se sostiene mediante la optimización de funciones ni la gestión de servicios ecosistémicos, sino mediante el cultivo constante de relaciones éticas, simbólicas y espirituales que conectan a las personas con lo no humano, lo ancestral y lo comunitario.

Traducir estas relaciones al lenguaje de la resiliencia implica una forma de reducción epistémica que borra su densidad ontológica y su potencia política. Lo viviente se vuelve medible; lo relacional, instrumentalizable; lo sagrado, funcional. Esta traducción no es inocente: permite que formas de vida profundamente enraizadas en contextos históricos, culturales y espirituales sean incorporadas dentro de modelos de gestión ambiental que siguen operando bajo lógicas de control, eficiencia y rendimiento. Como advierte de la Cadena (2021), este tipo de operaciones configura un “desencantamiento tecnocrático” del mundo, donde lo que no puede ser cuantificado o modelado queda fuera del campo de lo gobernable. El desencantamiento tecnocrático implica que solo lo cuantificable se vuelve

gobernable, lo que queda fuera de las métricas carece de legitimidad política o jurídica. En el campo de la gestión del riesgo en América Latina, trabajos, como los de Henry Peralta (2019, 2021), han mostrado que los marcos de gestión del riesgo basados únicamente en indicadores técnicos resultan insuficientes si no se articulan con los saberes territoriales. Peralta (2019) enfatiza que los procesos de preparación comunitaria en Colombia deben anclarse en la construcción de confianza, la educación popular y el fortalecimiento de redes locales. Desde esta perspectiva, la resiliencia no puede reducirse a la existencia de protocolos o simulacros, debe entenderse como un proceso social situado que depende de la memoria colectiva y de la capacidad de organización de los propios actores locales. En este sentido, su trabajo dialoga con la crítica ontológica planteada aquí: la resiliencia como categoría técnica invisibiliza el tejido relacional y político en el que se sostiene la vida comunitaria.

De manera complementaria, Sebastián Levalle (2020, 2022) ha analizado experiencias de gestión del riesgo en territorios rurales del Cono Sur, mostrando que los marcos institucionales tienden a priorizar la producción de informes y diagnósticos por encima de la participación local. Sus hallazgos indican que las comunidades rurales desarrollan formas propias de anticipación y cuidado que no encajan fácilmente en los indicadores de resiliencia promovidos por organismos internacionales. Al documentar cómo estas prácticas locales se enfrentan a presiones extractivas y a políticas de desarrollo impuestas, Levalle (2022) advierte sobre el riesgo de que la resiliencia funcione como un dispositivo de gobernanza que homogeneiza realidades diversas. Su propuesta apunta a territorializar la gestión del riesgo, reconociendo la pluralidad de formas de relación con la naturaleza y la centralidad de la agencia comunitaria.

Estos debates no son solo teóricos. En el caso colombiano, los desastres volcánicos ilustran con claridad los límites de un enfoque exclusivamente tecnocrático. Como documenta García y Mendez (2017), la experiencia del Nevado del Ruiz mostró tanto la importancia de sistemas

de alerta temprana como las limitaciones de una estrategia centrada exclusivamente en la predicción técnica. Tras la tragedia de Armero en 1985, se ha insistido en que la reducción del riesgo no depende de modelos geofísicos, sino de la manera en que las comunidades se organizan, interpretan señales del territorio y construyen confianza en las instituciones. Estos ejemplos confirman lo señalado por Peralta (2019, 2021) y Levalle (2020, 2022): la resiliencia solo cobra sentido si se enraíza en experiencias locales, en memorias de catástrofes pasadas y en vínculos comunitarios que no pueden ser reemplazados por métricas de eficiencia.

En este sentido, más que integrar visiones indígenas dentro de los marcos modernos de resiliencia, lo que se requiere es abrir un espacio de diálogo ontológico. La pervivencia, como forma de sostenimiento de mundos relacionales, territoriales y comunitarios, no debe ser subsumida bajo lógicas funcionalistas, sino reconocida como alternativa epistémica y política a los marcos dominantes del desarrollo y la sostenibilidad. El aporte no consiste en sustituir resiliencia por pervivencia, sino en mostrar que la primera no puede asumirse como un concepto universal: es una categoría situada, limitada, que convive y dialoga con otras formas de pensar y practicar la continuidad de la vida.

La resiliencia, tal como se ha formulado desde los marcos globales del desarrollo y la sostenibilidad, no es solo una idea técnica o neutral, es una forma de mirar y organizar el mundo. Al sostener una separación entre naturaleza y cultura, una linealidad del tiempo y una lógica instrumental de la vida, termina dejando fuera muchas otras maneras de habitar el territorio, de entender la incertidumbre y de sostener la existencia. No todas las comunidades desean adaptarse a un sistema que ha producido despojo, exclusión y violencia; muchas, más bien, buscan continuar siendo desde sus propias raíces, memorias y relaciones, resignificando categorías externas o proponiendo las propias.

Escuchar estas otras formas de vida no exige abandonar lo ya conocido, pero sí aflojar la rigidez de nuestras categorías. Tal vez no se trata tanto de hacer que los pueblos sean más resilientes, sino de preguntarnos cómo hacer que el mundo que habitamos sea más digno de ser sostenido. Para ello, es necesario abrir espacio a otras preguntas, otros tiempos y otras formas de caminar con la tierra. Hay saberes que no buscan predecir el futuro, sino cuidar el presente. Y hay mundos que no piden ser gestionados, sino reconocidos en su diferencia, como realidades legítimas con capacidad de orientar futuros alternativos.

Conclusión

La resiliencia se ha consolidado como un concepto central en los discursos contemporáneos sobre gestión del riesgo, cambio climático y desarrollo. En pocos años, pasó de ser una noción especializada en la ecología a convertirse en un marco global que orienta políticas públicas, programas de cooperación internacional y diagnósticos institucionales. Su atractivo radica en la aparente neutralidad y flexibilidad con la que puede aplicarse a múltiples escalas —individuos, comunidades, ecosistemas, economías— y en su promesa de continuidad frente a la crisis. Sin embargo, este artículo ha mostrado que dicha centralidad no es inocente ni universal. Lejos de ser una herramienta técnica, la resiliencia encarna una ontología moderna que fragmenta la vida en sistemas observables, instrumentaliza la naturaleza como recurso y concibe el tiempo como un horizonte lineal de adaptación permanente.

Reconocer estos supuestos ontológicos permite comprender los límites del concepto. La resiliencia, al ser presentada como categoría universal, reduce la complejidad de mundos heterogéneos a métricas de capacidad adaptativa, umbrales y funciones esenciales. En este proceso, se invisibilizan dimensiones históricas, políticas y espirituales que son constitutivas de muchas formas de habitar el territorio. El problema no radica únicamente en su uso normativo o en su cooptación por agendas

neoliberales, aunque ambas críticas son relevantes, sino en que su marco de referencia excluye realidades que no pueden traducirse en términos de sistemas adaptativos.

Como ejemplo ilustrativo, breves referencias a comunidades indígenas del Cauca, como los pueblos Misak y Nasa, muestran que existen otras formas de concebir la continuidad de la vida. La noción de pervivencia apunta a resistir y sostener vínculos territoriales, espirituales y políticos que garantizan la existencia colectiva en contextos de adversidad. En algunos procesos, incluso la resiliencia ha sido resignificada en clave relacional, vinculándola con el cuidado de la Madre Tierra y la memoria de los ancestros. Estos ejemplos no se presentan como un estudio empírico exhaustivo, sino como recordatorios de que la resiliencia no puede asumirse como un lenguaje universal y que su traducción a otros marcos ontológicos abre preguntas sobre lo que queda fuera o se distorsiona en esa operación.

El desafío, por tanto, no consiste en reemplazar la resiliencia por categorías alternativas, sino en reconocerla como un concepto situado con un alcance limitado. Se trata de abrir un espacio de diálogo ontológico que permita pluralizar los marcos conceptuales desde los cuales se piensan el riesgo y la crisis. Ello implica desplazar la expectativa de que todas las sociedades deben adaptarse bajo un mismo horizonte y, en cambio, considerar que existen múltiples maneras de sostener la vida. Algunas comunidades no buscan simplemente “adaptarse mejor”, sino mantener la coherencia de sus vínculos, memorias y responsabilidades con el territorio.

En este sentido, la investigación futura debería explorar cómo diferentes colectivos producen categorías propias para enfrentar la incertidumbre y cómo estas categorías desafían los discursos dominantes de la gestión del riesgo. Tomar en serio esas alternativas no significa renunciar a lo aprendido desde la resiliencia, sino reconocer que hay límites a su pretensión

de universalidad. Tal vez, la cuestión no sea solo cómo construir sociedades más resilientes, sino cómo hacer del mundo un lugar más digno de ser sostenido: un mundo donde el cuidado, la memoria y el vínculo constituyan condiciones de posibilidad para la vida común.

Agradecimientos

Este artículo se deriva de la tesis doctoral *From Resilience to Pervivencia: Constructing Other Possible Worlds in the Rural Areas of the Cauca, Colombia*, desarrollada en el Doctorado en Geografía Humana de la Universidad de Edimburgo (2018-2022). El trabajo de campo se llevó a cabo en comunidades indígenas del Cauca en 2019, combinando análisis documental, entrevistas y observación participante. La investigación se inscribe dentro del foco estratégico “Sociedad” del Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación de Colombia, al contribuir al fortalecimiento de la innovación social para el desarrollo económico y la inclusión productiva (2.1, 2.2, 2.5), y a la construcción de paz estable y duradera (1.1, 1.2, 1.5). En este marco, la tesis buscó aportar evidencia crítica y situada sobre cómo las comunidades enfrentan el riesgo y sostienen la vida en contextos atravesados por desigualdades y conflictos.

El desarrollo de la investigación fue posible gracias al apoyo del Instituto Colombiano de Crédito Educativo y Estudios Técnicos en el Exterior (Icetex) y del Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación de Colombia, a través del programa Pasaporte a la Ciencia, que respaldó la formación doctoral en el exterior como parte de su estrategia de fortalecimiento del capital humano para la investigación en el país.

Asimismo, el autor agradece el respaldo de la Fundación Colfuturo, mediante su programa de crédito-beca para estudios en el exterior, cuyo apoyo financiero y académico resultó decisivo para la culminación de este proyecto doctoral.

Declaración de uso de herramientas de inteligencia artificial (ACRL)

Se utilizó la herramienta ChatGPT (OpenAI) como apoyo de asistencia lingüística para la revisión de redacción y gramática del manuscrito.

Referencias

- Adger, Neil (2000). Social and ecological resilience: Are they related? *Progress in Human Geography*, 24(3), 347-364. <https://journals.sagepub.com/doi/10.1191/030913200701540465>
- Adger, Neil (2006). *Vulnerability*. *Global Environmental Change*, 16(3), 268-281. <https://doi.org/10.1016/j.gloenvcha.2006.02.006>
- Agrawala, Shardul (1998). Structural and process history of the Intergovernmental Panel on Climate Change. *Climatic Change*, 39(4), 621-642. <https://doi.org/10.1023/A:1005312331477>
- Beckert, Jens (2019). *Imagined futures: Fictional expectations and capitalist dynamics*. Harvard University Press.
- Berkes, Fikret (2007a). *Community-based conservation in a globalized world*. *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 104(39), 15188-15193. <https://doi.org/10.1073/pnas.0702098104>
- Berkes, Fikret (2007b). Understanding uncertainty and reducing vulnerability: Lessons from resilience thinking. *Natural Hazards*, 41(2), 283-295.
- Berkes, Fikret y Folke, Carl (Eds.). (1998). *Linking social and ecological systems: Management practices and social mechanisms for building resilience*. Cambridge University Press.
- Berkes, Fikret y Rose, Gloria (2013). Community resilience and culture in natural resource management. *Journal of Environmental Management*, 115, 1-9.
- Berkes, Fikret y Ross, Helen (2013). *Community resilience: Toward an integrated approach*. *Society & Natural Resources*, 26(1), 5-20. <https://doi.org/10.1080/08941920.2012.736605>

- Bernier, Quinn y Meinzen-Dick, Ruth (2014). Resilience and social capital in rural Ethiopia. *World Development*, 64, 87-102.
- Bernier, Quinn y Meinzen-Dick, Ruth (2014). *Resilience and social capital*. (Conference paper 4). <https://hdl.handle.net/10568/150102>
- Blaser, Mario (2013). Ontological conflicts and the stories of peoples in spite of Europe. *Current Anthropology*, 54(5), 547-568.
- Bourbeau, Philippe (2018). *On resilience: Genealogy, logics, and world politics*. Cambridge University Press.
- Brown, Katrina (2012). Policy discourses of resilience. En *Climate change and the crisis of capitalism* (pp. 37-50). Routledge.
- Cardenas, Juan Camilo; Janssen, Marco y Bousquet, Francois (2015). Dynamics of rules and resources: Self-organization in irrigation. *Ecological Economics*, 120, 416-425.
- Cardenas, Juan Camilo; Rodríguez, Luz Angela y Johnson, Nancy (2015). *Vertical collective action: Addressing vertical asymmetries in watershed management*. Universidad de los Andes. <https://hdl.handle.net/1992/8555>
- Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH) (2013). *¡Basta ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad*.
- Chandler, David (2014). *Resilience: The governance of complexity*. Routledge.
- Colding, Johan y Barthel, Stephan (2019). Exploring the social-ecological systems discourse 20 years later. *Ecology and Society*, 24(1), 2.
- Cote, Muriel y Nightingale, Andrea (2012). Resilience thinking meets social theory: Situating change in social-ecological systems (SES) research. *Progress in Human Geography*, 36(4), 475-489. <https://doi.org/10.1177/0309132511425708>
- Cretney, Raven (2014). *Resilience for whom? Emerging critical geographies of socio-ecological resilience*. *Geography Compass*, 8(9), 627-640. <https://doi.org/10.1111/gec3.12154>
- Davoudi, Simin (2012). Resilience: A bridging concept or a dead end? *Planning Theory & Practice*, 13(2), 299-333. <https://doi.org/10.1080/14649357.2012.677124>

- de la Cadena, Marisol y Blaser, Mario (Eds.). (2018). *A world of many worlds*. Duke University Press.
- Descola, Philippe (2014). *Beyond nature and culture*. University of Chicago Press.
- Donovan, Deanna y Puri, Rajindra (2004). *Learning from traditional knowledge of non-timber forest products: Penan Benalui and the autecology of Aquilaria in Indonesian Borneo*. *Ecology and Society*, 9(3).
- Escobar, Arturo (2016). *Autonomía y diseño: La realización de lo comunal*. Editorial Universidad del Cauca.
- Escobar, Arturo (2020). *Pluriversal politics: The real and the possible*. Duke University Press.
- Estrategia Internacional para la Reducción de Desastres (EIRD) (2008). *Informe de evaluación global sobre la reducción del riesgo de desastres*. Naciones Unidas.
- Evans, Brad y Reid, Julian (2013). *Dangerously exposed: The life and death of the resilient subject*. *Resilience*, 1(2), 83-98. <https://doi.org/10.1080/21693293.2013.770703>
- Ferguson, James (1990). *The anti-politics machine: Development, depoliticization, and bureaucratic power in Lesotho*. University of Minnesota Press.
- Folke, Carl (2006). Resilience: The emergence of a perspective for social-ecological systems analyses. *Global Environmental Change*, 16(3), 253-267. <https://doi.org/10.1016/j.gloenvcha.2006.04.002>
- Folke, Carl (2016). Resilience (republished). *Ecology and Society*, 21(4), 44.
- Folke, Carl; Carpenter, Steve; Walker, Brian; Scheffer, Marten; Elmqvist, Thomas; Gunderson, Lance y Holling, Crawford. (2005). Regime shifts, resilience, and biodiversity in ecosystem management. *Annual Review of Ecology, Evolution, and Systematics*, 35, 557-581. <https://doi.org/10.1146/annurev.ecolsys.35.021103.105711>
- Foucault, Michel (2008). *The birth of biopolitics: Lectures at the Collège de France, 1978-1979* (Michel Senellart, traductor). Palgrave Macmillan.
- García, Carolina y Méndez-Fajury, Ricardo (2017). *If I understand, I am understood: Experiences of volcanic risk communication in Colombia*. En Carina

- Fearnley, Deanne Bird, Katharine Haynes, William McGuire y Gill Jolly (Eds.), *Observing the volcano world* (pp. 335-351). Springer. https://doi.org/10.1007/11157_2016_46
- Gotham, Kevin y Campanella, Richard (2011). Coupled vulnerability and resilience: The dynamics of cross-scale interactions in post-Katrina New Orleans. *Ecology and Society*, 16(3), 12. <http://dx.doi.org/10.5751/ES-04292-160312>
- Grosfoguel, Ramón (2010). *The epistemic decolonial turn: Beyond political-economy paradigms*. En Walter Mignolo y Arturo Escobar (Eds.), *Globalization and the decolonial option* (pp. 65-77). Routledge.
- Grove, Kevin (2014). Agency, affect, and the immunological politics of disaster resilience. *Environment and Planning D: Society and Space*, 32(2), 240-256. <https://doi.org/10.1068/d4813>
- Holling, Crawford (1973). Resilience and stability of ecological systems. *Annual Review of Ecology and Systematics*, 4, 1-23. <https://doi.org/10.1146/annurev.es.04.110173.000245>
- Joseph, Jonathan (2013). Resilience as embedded neoliberalism: A governmentality approach. *Resilience: International Policies, Practices and Discourses*, 1(1), 38-52. <https://doi.org/10.1080/21693293.2013.765741>
- Kulkarni, Himanshu y Vijay Shankar, Parthasarathi Shridhar (2014). *Groundwater resources in India: An arena for diverse competition*. *Local Environment: The International Journal of Justice and Sustainability*, 19(9), 990-1011. <https://doi.org/10.1080/13549839.2014.964192>
- Kuhn, Thomas (1962). *The structure of scientific revolutions*. University of Chicago Press.
- Lang, Thilo (2012). *How do cities and regions adapt to socio-economic crisis? Towards an institutionalist approach to urban and regional resilience*. *Raumforschung und Raumordnung | Spatial Research and Planning*, 70(4), 285-291. <https://doi.org/10.1007/s13147-012-0170-2>
- Leichenko, Robin y O'Brien, Karen (2008). *Environmental change and globalization: Double exposures*. Oxford University Press.
- Levalle, Sebastián (2020). *Resiliencia y gestión del riesgo en territorios rurales del Cono Sur*. *Revista de Estudios Sociales*, 74, 42-59.

- Levalle, Sebastián (2022). *Gestión del riesgo y territorialidades rurales: Experiencias desde el Cono Sur*. CLACSO.
- Luthar, Suniya; Cicchetti, Dante y Becker, Bronwyn (2000). The construct of resilience: A critical evaluation and guidelines for future work. *Child Development*, 71(3), 543-562. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1111/1467-8624.00164>
- MacKinnon, Danny y Derickson, Kate (2013). From resilience to resourcefulness: A critique of resilience policy and activism. *Progress in Human Geography*, 37(2), 253-270. <https://doi.org/10.1177/0309132512454775>
- Manyena, Bernard; O'Brien, Geoff; O'Keefe, Phil y Rose, Joanne (2011). Disaster resilience: A bounce back or a bounce forward ability? *Local Environment*, 16(5), 417-424.
- Miller, Andrew y Davidson-Hunt, Iain (2010). *Fire, agency and scale in the creation of Aboriginal cultural landscapes*. *Human Ecology*, 38(3), 401-414. <https://doi.org/10.1007/s10745-010-9325-3>
- Miller, Fiona; Osbahr, Henry; Boyd, Emily; Thomalla, Frank; Bharwani, Sukaina; Ziervogel, Gina, ... Nelson, Donald (2010). Resilience and vulnerability: Complementary or conflicting concepts? *Ecology and Society*, 15(3), 11. <https://www.ecologyandsociety.org/vol15/iss3/art11>
- Moller, Henrik; Berkes, Fikret; Lyver, Philip y Kislalioglu, Mina (2004). Combining science and traditional ecological knowledge: Monitoring populations for co-management. *Ecology and Society*, 9(3), 2. <https://www.ecologyandsociety.org/vol9/iss3/art2>
- Mosse, David (2006). Collective action, common property, and social capital in South India: An anthropological commentary. *Economic Development and Cultural Change*, 54(3), 695-724. <https://www.journals.uchicago.edu/doi/10.1086/500034>
- Mosse, David (2013). The anthropology of international development. *Annual Review of Anthropology*, 42, 227-246. <https://doi.org/10.1146/annurev-anthro-092412-155553>
- Nightingale, Andra (2015). Adaptive scholarship and situated knowledges? Hybrid methodologies and plural epistemologies in climate change adaptation research. *Area*, 47(4), 411-418.

- Oliver-Smith, Anthony. (2009). *Anthropology and the political economy of disasters*. En Eric C. Jones & Arthur D. Murphy (Eds.), *The political economy of hazards and disasters* (pp. 11–28). AltaMira Press.
- Osorio, Flor (2009). *Territorialidades en suspenso: Entre sobrevivencia y resistencia, identidades y territorialidades en suspenso*. Codhes, Colciencias.
- Pahl-Wostl, Claudia (2009). *A conceptual framework for analysing adaptive capacity and multi-level learning processes in resource governance regimes*. *Global Environmental Change*, 19(3), 354-365. <https://doi.org/10.1016/j.gloenvcha.2009.06.001>
- Parra, Efraim (2023). *From resilience to pervivencia: Constructing other possible worlds in the rural areas of Cauca, Colombia* [Tesis de doctorado, University of Edinburgh]. <https://hdl.handle.net/1842/40783>
- Peralta, Henry (2019). *Gestión del riesgo comunitario en Colombia*. Corporación OSSO.
- Peralta, Henry (2021). *Resiliencia y preparación comunitaria*. Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Perrings, Charles (2006). Resilience and sustainable development. *Environment and Development Economics*, 11(4), 417-427. <https://doi.org/10.1017/S1355770X06003020>
- Quijano, Aníbal (2000a). Coloniality of power and Eurocentrism in Latin America. *International Sociology*, 15(2), 215-232. <https://doi.org/10.1177/0268580900015002005>
- Quijano, Anibal (2000b). *Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina*. En Edgardo Lander (Ed.), *Colonialidad del saber: Eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas* (pp. 201-246). CLACSO, Unesco.
- Rappaport, Joanne (1998). *The politics of memory: Native historical interpretation in the Colombian Andes*. Duke University Press.
- Schmidt, Jessica (2015). Intuitively neoliberal? Towards a critical understanding of resilience governance. *European Journal of International Relations*, 21(2), 402-426. <https://doi.org/10.1177/1354066114537533>

- Scoones, Ian (1999). *New ecology and the social sciences: What prospects for a fruitful engagement?* *Annual Review of Anthropology*, 28(1), 479-507. <https://doi.org/10.1146/annurev.anthro.28.1.479>
- Simmie, James y Martin, Ron (2010). The economic resilience of regions: Towards an evolutionary approach. *Cambridge Journal of Regions, Economy and Society*, 3(1), 27-43. <https://doi.org/10.1093/cjres/rsp029>
- UNDRR (2015). *Sendai Framework for Disaster Risk Reduction 2015–2030*. United Nations.
- UNISDR (2005). *Hyogo Framework for Action 2005–2015: Building the resilience of nations and communities to disasters*. United Nations.
- Viveiros de Castro, Eduardo (2015). *The relative native: Essays on indigenous conceptual worlds*. HAU Books.
- Walker, Brian y Salt, David (2006). *Resilience thinking: Sustaining ecosystems and people in a changing world*. Island Press.
- Walker, Jeremy y Cooper, Melinda (2011). *Genealogies of resilience: From systems ecology to the political economy of crisis adaptation*. *Security Dialogue*, 42(2), 143-160. <https://doi.org/10.1177/0967010611399616>
- Weart, Spencer (2003). *The discovery of global warming: A history*. Harvard University Press.
- Ziervogel, Gina; Cowen, Anna y Ziniades, John (2016). Moving from adaptive to transformative capacity: Building foundations for inclusive, thriving, and regenerative urban settlements. *Sustainability*, 8(9), 955. <https://doi.org/10.3390/su8090955>